

Heriberto Cairo Carou

La colonialidad y la imperialidad en el sistema-mundo

En los siglos XV y XVI los países ibéricos comenzaron la expansión europea por un mundo que terminaron por articular en su totalidad en función de sus necesidades e intereses. Así, los europeos fueron “inventando” nuevas regiones que respondían a esa lógica de dominación europea. América, en el siglo XVI, es uno de esos “inventos” de españoles y portugueses que desempeñó un papel fundamental en la construcción de la modernidad, aunque hay que precisar que, como señala acertadamente Walter Mignolo (2007), ese proceso fue constitutivo de la primera modernidad, mientras que la invención de América Latina, producto de la geopolítica cultural francesa y de la geopolítica económica inglesa en el continente, se realiza durante la segunda modernidad, la liderada por los habitantes de los países de la Europa noroccidental, que no sólo destruye la primera modernidad sino que termina por someter, aunque sólo fuera de manera informal, a los países líderes de la primera modernidad. Por consiguiente, históricamente, España desempeñó papeles ambivalentes en el sistema-mundo moderno –y, por ende, respecto a América Latina–, país imperial en la primera modernidad, país subalterno en la segunda.

En cualquier caso, la situación de las regiones periferalizadas en los procesos constitutivos de la modernidad pervive mucho más allá de las independencias formales de las antiguas colonias, haciendo que la situación colonial fuera definitiva del nuevo sistema social. Aunque el sistema-mundo creado se ha de definir como moderno/colonial/patriarcal, como plantea Ramón Gosfroguel (2006), porque los procesos de jerarquización (y dominación) que conlleva la modernidad no se refieren sólo a una clasificación de lugares (centro y periferias), sino también a una clasificación racial (blancos europeos y otros) y a una clasificación de género, edad y sexo (con los varones adultos heterosexuales en la cúspide de la pirámide). Por lo tanto, la dominación europea no sólo se manifestó en el con-

trol (formal o informal) de los territorios de lo que hoy conocemos como América Latina y de sus poblaciones, sino que también impuso los modelos teóricos, epistemológicos e intelectuales de la modernidad, desechando los de los indígenas y de los afrolatinos que, destinados por los europeos y sus descendientes (los criollos) a la destrucción, se hicieron invisibles hasta su (re)surgimiento hace pocas décadas, que tiene una primera culminación en la elección por primera vez en la historia de un presidente indígena en una república latinoamericana: Evo Morales en Bolivia. A mi juicio éste es un hecho insoslayable, que define las resistencias al hecho colonial y al hecho imperial, que no son una mera política de “progreso” o de “izquierdas”.

1. Descolonización y mantenimiento de la colonialidad (del poder, del saber y el ser)

En el sistema-mundo actual hemos asistido a dos grandes olas de descolonización, entendiendo ésta como el proceso de desvinculación política formal de una colonia respecto a la metrópoli: una en el último tercio del siglo XVIII y el primer tercio del siglo XIX, que afecta al continente americano, y otra que va desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta finales de los años 1980, en el que los escenarios van a ser sucesivamente Asia, África, el Caribe y el Pacífico. Los movimientos anticoloniales asumieron diversas retóricas, pero podemos generalizar diciendo que la primera oleada va a estar imbuida de ideología liberal y la segunda estará más ligada a diversas fórmulas explícita o vagamente marxistas. Pero en ambos casos es común un profundo nacionalismo. Incluso, si hacemos caso de la tesis de Benedict Anderson (1993), el nacionalismo nació en América.

El caso es que los movimientos anticoloniales han sido caracterizados como movimientos de liberación, pero en la mayoría de los casos han perpetuado las estructuras de representación y las prácticas coloniales. De este modo la “condición postcolonial” alude a la pervivencia de las viejas prácticas coloniales, aunque sea bajo nuevas formas y modalidades, que permite *“describir críticamente la continua reaparición en nuestro presente de ‘fragmentos’ de las lógicas y de los dispositivos de explotación y dominio que caracterizaron el proyecto colonial moderno de Occidente, reconociendo al mismo tiempo que éstos se componen dentro de nuevas constelaciones políticas, profundamente inestables y en continua evolución”* (Mezzadra, 2008: 17) ¹.

Se trata normalmente de la *“ansiedad postcolonial”* (Krishna, 1999: xviii), es decir, del intento por parte de las élites estatales y de las clases medias educadas de los países periféricos de construir miméticamente sus Estados (su pasado, su presente y su futuro) según lo que se relata que ocurrió en otro lugar que constituye el modelo: Europa o, en general, Occidente. Entonces, se puede entender

¹/ Es importante distinguir aquí el “postcolonialismo”, y los “estudios postcoloniales”, de la “condición postcolonial”; véase Mezzadra (2008).

que la situación postcolonial mantiene en buena medida la condición de colonialidad construida durante el período colonial.

La colonialidad sería así la otra cara (oscura) de la modernidad, como señalaba Mignolo (1995) en una obra seminal, y una es inseparable de la otra. No se pueden entender por separado, por más que haya sido ocultada su relación. Y la colonialidad del poder y, en particular, del saber, engendradas durante la época colonial, han persistido tras la emancipación formal de las colonias, haciendo perder la condición subalterna de ciertos colectivos.

Según la definición de Aníbal Quijano (2000a; 2000b) la “colonialidad del poder” está basada en la clasificación de las razas: “*La ‘racialización’ de las relaciones de poder entre las nuevas identidades sociales y geo-culturales, fue el sustento y la referencia legitimatoria fundamental del carácter eurocentrado del patrón de poder, material e intersubjetivo. Es decir, de su colonialidad*” (Quijano, 2000b: 374). En el caso de las Indias occidentales, los indígenas y los negros van a ser los Otros contra los que los europeos van a construir su identidad, y van a ocupar los lugares inferiores en la jerarquía racial consustancial a la colonialidad del poder. Y la clasificación de razas lleva asociada la definición de espacios y el desarrollo de una “*perspectiva epistemológica desde la que se articula el significado y perfil de la nueva matriz de poder y desde la cual se puede canalizar la nueva producción de conocimientos*” (Mignolo, 2000: 17).

Esto conlleva que la “Descolonización” (con mayúsculas), es decir, el proceso, dirigido fundamentalmente por criollos y que incorporó a mestizos en diversos momentos, que llevó a principios del siglo XIX (con la excepción de Cuba y Puerto Rico) a la constitución de los actuales Estados que se pretenden Nación en América a partir de los territorios coloniales de las coronas de Castilla y Aragón y de Portugal, no implicó la “descolonización” (con minúsculas), que es el proceso, en muchos aspectos pendiente en América y el Pacífico, de liquidación de los efectos diversos de la colonización, tales como la negación de derechos a los pueblos indígenas y la perpetuación de la dominación de los descendientes de los colonizadores. Si la Descolonización es una respuesta al colonialismo, la descolonización trataría de enfrentarse a la colonialidad del poder, como veremos más adelante.

2. El fin del imperialismo formal y la continuidad del imperialismo informal: el problema de la imperialidad

Del mismo modo que la colonialidad supone la persistencia en las sociedades postcoloniales de ciertas condiciones creadas durante el período de sujeción colonial, la imperialidad, en términos de David Slater (2004: 52-54), supone el mantenimiento del “deseo” de intervenir sobre Otras sociedades y culturas más allá de intentar ejercer un dominio formal sobre el mismo. Esta intervención es multidimensional y estaría acompañada de otras dos características: la “voluntad de

imponer” sobre Otros un conjunto de valores, imaginaciones y prácticas que se consideran superiores, que se asocia a la “falta de respeto” sobre los Otros, que se manifiesta en el menosprecio de su cultura y formas de vida, consideradas “atrasadas” o “subdesarrolladas”.

La imperialidad actual se ha manifestado expresamente en el deseo de intervenir sobre países que se juzgan no democráticos, para imponer el conjunto de valores y prácticas de los Estados de Europa occidental y Norteamérica que juzgan sus sistemas como democráticos y superiores a los de Otros. De este modo “democratizar” es el eslabón final (por ahora) de una larga cadena de misiones del hombre (más que mujer) blanco (y sus asimilados) europeo (y sus descendientes), a saber: “cristianizar” en la primera modernidad, “civilizar” en la segunda o “desarrollar” tras la Segunda Guerra Mundial.

Ya poco tiempo después del final del imperialismo formal algunos autores comenzaron a denunciar el mantenimiento de la imperialidad en las relaciones entre los ciudadanos de la antigua metrópoli y los del nuevo Estado postcolonial. Por ejemplo, en un interesante artículo titulado “La independencia y sus límites” se mostraba hace tiempo cómo los franceses encargados de la “asistencia técnica” (hoy en día, cooperación al desarrollo) en Senegal, en sus relaciones con los senegaleses adecuaban su conducta “*según las relaciones residuales sobre las que se ha construido la administración colonial: los franceses mandan y los senegaleses son mandados*” (Cruise O’Brien, 1971: 197). Es decir, que la imperialidad no se refiere sólo a una imposición (por la fuerza) de una de las partes sobre la otra, sino que se trata de una estructura de inteligibilidad de las relaciones que aceptan, en principio las dos partes.

David Slater (2008) intenta abrir un debate sobre importantes aspectos de la intersección entre poder, conocimiento y geopolítica en el contexto del resurgimiento de las visiones imperiales, que hacen urgente la des-colonización de la imaginación geopolítica mediante multidimensionales respuestas y resistencias. Considera la importancia de lo “crítico” en el conocimiento crítico, y desnuda la prevalencia del pensamiento euro-estadounidense. La des-colonización del conocimiento tiene que incluir entonces, a su juicio, una crítica continua de la ambición y la arrogancia imperial.

Pero no sólo se trata de denunciar los grandes planes de los nuevos Estados imperiales (Estados Unidos y la Unión Europea, básicamente), los diseños de sus ideólogos principales (como los incluidos en el *Project for a New American Century*) y los grandes actos imperiales (las guerras de Irak y Afganistán, por ejemplo), sino de mostrar cómo se conducen las apropiaciones bajo la forma de lo que denomina Boaventura de Sousa Santos “fascismo territorial”: “*cuando los actores sociales provistos de gran capital patrimonial sustraen al estado el control del territorio en el que actúan o neutralizan ese control, cooptado u ocupando las instituciones estatales para ejercer la regulación social sobre los habitantes del territorio sin que éstos participen y en contra de sus intereses. Se trata de*

unos territorios coloniales privados situados casi siempre en estados postcoloniales” (2006a: 32).

Y, finalmente, es necesario mostrar cómo el imperialismo se reproduce en la vida cotidiana y en la “política pequeña”, la dimensión de la “geopolítica banal” (Sidaway, 2001): cómo de la mano de la llamada “guerra contra el terrorismo” en el nuevo orden de la globalización militarizada se extiende de nuevo una nueva división binaria entre los Otros (terroristas) y Nosotros (demócratas), cómo se practica la militarización de la sociedad civil (Kuus, 2007), cómo la investigación se subordina a los intereses militares, cómo se reproduce, en fin, cotidianamente la imperialidad.

3. El giro descolonial: los proyectos de descolonialidad

Es muy relevante estudiar la “imbricación” del poder con la resistencia, de la imaginación geopolítica dominante con la imaginación geopolítica de resistencia. Esta imaginación geopolítica de resistencia, “antigeopolítica” en términos de Paul Routledge, es la *“fuerza ética, política y cultural en el seno de la sociedad civil que desafía la idea de que los intereses de la clase política del Estado coinciden con los intereses de la comunidad”* (1998: 245).

El desarrollo de la imaginación geopolítica de resistencia permite construir *“contraespacios en los que las representaciones oficiales del espacio y sus contenidos se cuestionan, reflejando las prácticas espaciales de las fuerzas contrahegemónicas”* (Cairo, 2005: 324). Es evidente que los contraespacios no surgen por generación espontánea, sino que en alguna medida resultan de la acción de las *intelligentsias*. Para ilustrar este punto podemos ver cómo interactúan los movimientos y las *intelligentsias* en el caso de las prácticas de los movimientos indígenas y las elaboraciones teóricas del grupo modernidad-colonialidad en América Latina.

La resistencia indígena en América Latina existe desde el comienzo de la colonización. Diversos levantamientos se produjeron a lo largo del período colonial en muy diversos lugares y con diferentes intensidades, aunque con un resultado similar: la derrota sangrienta y el ajusticiamiento de sus líderes. Pero desde los años 1970 y, en particular desde los 1990, se ha desarrollado un poderoso movimiento indígena, que está lejos de ser derrotado. En general se puede decir que han desarrollado dos estrategias generales de resistencia simultáneas (y dos imaginaciones geopolíticas de resistencia):

- una estrategia etnonacionalista, que afirma la propia cultura ancestral, y reivindica el territorio ancestral (precolombino o colonial, usualmente en el seno de los Estados), y
- una estrategia panindianista, que afirma la comunidad de los excluidos por la colonización, y desarrolla una estrategia de desterritorialización de los actuales Estados poscoloniales.

Ambas estrategias de desterritorialización y reterritorialización pueden transgredir las geografías nacionales (Boccaro, 2006) mostrando los territorios de los pueblos superpuestos o ajenos a las fronteras estatales, de forma que se expongan la colonialidad de los actuales Estados latinoamericanos y se expongan otras posibles integraciones indígenas (Tawantisyu renovado, por ejemplo), pero también se desarrollan proyectos descoloniales en forma de proyectos de “refundación del Estado”. Éste es el caso de Bolivia bajo la presidencia de Evo Morales.

Tras largos avatares y el acoso sin tregua de los sectores oligárquicos partidarios de mantener la república colonial, finalmente la Asamblea Constituyente ha aprobado en diciembre de 2007 una nueva constitución que pretende dejar en “el pasado el Estado colonial, republicano y neoliberal” (Asamblea Constituyente de Bolivia: 1), es decir, que se propone refundar el Estado. La Constitución forma claramente parte de un proyecto explícitamente descolonial /2, en el que se asumen principios ético-morales de los grupos subalternos marginados hasta ahora /3. Esto supone un intento de superar la colonialidad, ya que la descolonialidad es una gramática para desmontar la colonialidad del poder y desaprender la colonialidad del saber. Supone refundar los marcos políticos, pero también nuevas epistemologías y nuevas culturas de identidad. Y es importante subrayar esta doble condición política y epistémica, ya que en buena medida la descolonialidad se define por esta doble proyección.

La elección de Evo Morales como presidente de Bolivia no es sólo un giro a la izquierda, sino una auténtica fractura descolonial, que es más discutible que se produzca en otros procesos políticos progresistas abiertos en los últimos años en la región. Así, el hecho sin precedentes de que un indígena fuera elegido presidente culminaría, por ahora, un proceso de crecientes manifestaciones en los últimos años: “*que la latinidad no es una característica definitoria de un sub-continente, sino sólo de la identidad criollo-mestiza y de sus proyectos políticos de derecha y de izquierda*” (Mignolo, 2008: 207), y que en esa región hay otras identidades y proyectos que habían estado subalternizados hasta el presente.

En todo caso, el pensamiento descolonial es impensable –valga la paradoja– sin el vínculo con la práctica del sujeto enunciante. Así, para Mignolo, “*el pensamiento descolonial tiene como razón de ser y objetivo la descolonialidad del poder*” (2008: 184). El pensamiento descolonial habría surgido naturalmente entre los sujetos dominados y racializados como inferiores como reacción a la implantación de las estructuras de dominación por las potencias coloniales; en otras palabras, sería resultado de la herida colonial inflingida a indígenas y

2/ El Artículo 9 explicita que “*son fines y funciones esenciales del Estado, además de los que establece la Constitución y la ley: 1. Constituir una sociedad justa y armoniosa, cimentada en la descolonización, sin discriminación ni explotación, con plena justicia social, para consolidar las identidades plurinacionales*” (Asamblea Constituyente de Bolivia: 3).

3/ El Artículo 8 señala en su apartado I: “*El Estado asume y promueve como principios ético-morales de la sociedad plural: ama qhilla, ama llulla, ama suwa (no seas flojo, no seas mentiroso ni seas ladrón), suma qamaña (vivir bien), ñandereko (vida armoniosa), teko kavi (vida buena), ivi maraei (tierra sin mal) y qhapaj ñan (camino o vida noble)*” (Asamblea Constituyente de Bolivia: 3).

negros. En el caso boliviano, la genealogía del pensamiento descolonial habría que buscarla entre los indígenas, y el gobierno de Evo Morales supondría un auténtico giro descolonial.

4. Los proyectos antihegemónicos y la quiebra de la "imperialidad" del sistema-mundo

La lucha por la hegemonía en el sistema interestatal del sistema-mundo moderno ha sido una constante en el mismo, aunque no se distinguen claramente ciclos hegemónicos desde su inyección /4. Dejando de lado la discusión sobre su lógica y sus características, creo que será fructífero adoptar la interpretación que hacen John Agnew y Stuart Corbridge (1995) de esta cuestión partiendo de la tradición del pensador marxista italiano Antonio Gramsci, refiriéndose a la naturaleza de las prácticas sociales dominantes en un período histórico dado y cómo conectan entre sí a los diferentes actores en una sociedad global. En cada época existirían unos "principios" de la vida internacional que compartirían todos los actores independientemente de su ubicación geográfica, porque todos habrían incorporado las prácticas y explicaciones dominantes rutinizándolas como "sentido común" o "cosas de la vida" /5.

El cambio en las condiciones económicas y tecnológicas sería de vital importancia en el devenir del flujo y reflujo de candidatos a la supremacía en el sistema interestatal, ya sea como los Estados dominantes territorial o económicamente o como los principales "fijadores de normas" en la política mundial, pero también la lucha en el terreno de las representaciones es fundamental, ya que éstas son las que hacen "inteligibles" las prácticas espaciales de los diferentes Estados. Entonces, aunque, en última instancia, son las contradicciones internas que presentan las que hacen que caigan las antiguas hegemonías y que surjan otras nuevas, sin prácticas y representaciones contrahegemónicas no hay cambios. Y así el mundo se va transformando: *"No estamos delante de una desglobalización, pero estamos ciertamente delante de una nueva globalización post-neoliberal internamente mucho más diversificada. Emergen nuevos regionalismos, ya hoy presentes en África y en Asia pero sobre todo importantes en América Latina, como el que se acaba de consolidar con la creación de la Unión de las Naciones del Sur (UNASUR) y el Banco del Sur."* (Santos, 2008).

4/ Según Wallerstein (1984) sólo hay tres ciclos hegemónicos, que comprenden el auge y la decadencia de un Estado hegemónico: los Países Bajos en el siglo XVII, Gran Bretaña en el XIX y Estados Unidos en XX. El modelo no es simétrico (los ciclos no duran lo mismo) y hace hincapié en la capacidad económica para lograr la hegemonía.

5/ Evidentemente no todos los Estados han tenido la misma capacidad para imponer esos principios: las "grandes potencias" de cada era son las que han sido capaces de inscribir sus particulares imaginaciones geopolíticas en el conjunto del mundo, y ha habido períodos en los que uno de esos Estados se ha convertido en potencia hegemónica, como Gran Bretaña en el período 1815-1875 y Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, pero también ha habido períodos, como el de rivalidad interimperial, que abarca desde 1875 hasta 1945, en los que las prácticas y representaciones imperantes no han tenido un único proponente sino que han sido patrimonio de las élites políticas de varios Estados. Es decir, puede existir hegemonía sin que exista un hegemón territorial.

El rechazo al ALCA, la construcción del ALBA y los numerosos proyectos asociados (Banco del Sur, Telesur, Tratado de Comercio de los Pueblos...) serían efectivamente procesos de integración alternativa que expresan prácticas y representaciones espaciales contrahegemónicas, auténticos contraespacios que desafiarían el orden geopolítico vigente.

Pero también la reclamación de la soberanía sobre los recursos naturales o el respeto a la “Madre Tierra”, que realizan numerosos movimientos indígenas (no sólo en América Latina) y que desafían el “fascismo territorial” del que hablaba Santos (2006a), son nuevos proyectos “desimperializadores”. ¿O no debemos calificar así a la lucha de los indígenas en la selva ecuatoriana contra las multinacionales petroleras?, ¿o la de los mapuche en tierras del sur de Chile contra las hidroeléctricas y las forestales?, ¿o la de los campesinos en innumerables lugares contra el agronegocio y el saqueo de recursos?

Para terminar

Pensar en la descolonización de la modernidad, que definimos como eurocéntrica, ya que entendemos que el hecho colonial forma parte inseparable de la modernidad construida por los europeos, obviamente implica una transformación sustancial de la misma, pero no sólo en los lugares que pensamos como coloniales. Ahora que estamos a pocos meses de que comiencen los fastos de las “independencias” de la mayoría de los Estados que surgen de la colonización española en el “Nuevo Mundo” que conquistaron y conformaron los europeos, la colonialidad del poder en las sociedades así llamadas “emancipadas” y en las relaciones entre ellas y el centro del sistema-mundo sigue siendo una realidad tangible, del mismo modo que la colonialidad del saber sigue jerarquizando e imponiendo modelos de conocimiento elaborados por los europeos y sus descendientes.

Hace un tiempo, en un curso de verano sobre el surgimiento de los indígenas y de los afrolatinos como nuevos sujetos políticos, lancé una pregunta que no era nada retórica: ¿se puede descolonizar Europa? Porque el hecho es que si la colonialidad es inseparable de la modernidad, no afecta sólo al mundo extraeuropeo llamado “colonial”.

Como decíamos al principio, España, o si se prefiere, Castilla, construye en su colonización americana la primera modernidad. Más tarde, la segunda modernidad, la liderada por los habitantes de los países de la Europa noroccidental y sus descendientes en el resto del mundo, no sólo destruye la primera modernidad sino que termina por someter, aunque sólo sea de manera informal, por supuesto, los países líderes de la primera modernidad. Esta superación quizás se pueda simbolizar en los eventos que ocurren hace doscientos años en las Españas –así se denominaba todavía en la Constitución de 1812, la primera Constitución española, tanto la metrópoli como el entonces vasto Imperio colonial–, que significaron una crisis total de modelo de Estado y de sociedad.

Ser europeo meridional entonces no es garantía de encontrarse en la cúspide de la pirámide de la modernidad. Si Napoleón intentaba arrastrar a los españoles a una nueva modernidad, también es cierto que en la península no se oponían a esos designios solamente las fuerzas conservadoras, que terminaron por enarbolar la consigna de “Dios, Patria y Rey”, sino otras de las que está por hacer, en buena medida, la genealogía.

Y alguna de estas lógicas se hacen presentes cuando se habla de Europa y su proceso actual de construcción, y están evidentemente en competencia frente a las lógicas de una Europa superpotencia que compite por la hegemonía mundial con Estados Unidos. En las lógicas de una Europa que se vincula al Sur global –según la expresión de Boaventura de Sousa Santos (2006b)– resistiendo la nueva dominación imperial norteamericana, España no está al margen, y, por ejemplo, en su impulso a la construcción de una Comunidad Iberoamericana de Naciones, puede elegir entre ellas. Lo que no se puede pensar es que todo vale, como hacía hace no mucho, por ejemplo, la Secretaria de Estado para Iberoamérica del gobierno de España en un artículo (Jiménez García-Herrera, Trinidad, 2007) en el que se afirmaba más allá de toda duda que el reforzamiento de los procesos de integración regional alternativos que se producen en América Latina, como el ALBA o la Comunidad Sudamericana de Naciones, es perfectamente compatible con los Acuerdos de Libre Comercio de los países de la región con Estados Unidos. Esto coloquialmente se llama “ponerle una vela a Dios y otra al Diablo”, y sólo se puede comprender en un contexto de subordinación europea a los diseños globales de la potencia hegemónica. Es necesario superar las neutralidades, ambivalencias y juegos diplomáticos en aras de una política exterior más comprometida con un proyecto alternativo, a riesgo si no de convertirse en instrumento del proyecto neoliberal.

En este sentido, al proyecto intelectual de Edward Said de deconstrucción del Oriente construido por los europeos, o al de Walter Dignolo referido a la “descolonización” del Occidente europeo (América Latina), quizás haya que sumar otro específicamente encaminado a deconstruir la Europa dominadora e imperial de la modernidad, convertirla en hogar y no fortaleza, vinculada al Sur global, porque tenemos el convencimiento de que ¡Otro Mundo, otra América y otra Europa son posibles!

Heriberto Cairo Carou es profesor titular de Ciencia Política en la Universidad Complutense de Madrid.

Bibliografía

- Agnew, J. y Corbridge, S. (1995) *Mastering Space: Hegemony, Territory and International Political Economy*. Londres: Routledge.
- Anderson, B. (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Asamblea Constituyente de Bolivia (2007) *Nueva Constitución Política del Estado. Aprobada en grande, detalle y revisión*. [En línea. Puesto en línea en diciembre de 2007. URL: http://www.presidencia.gob.bo/asamblea/nueva_cpe_aprobada_en_grande_en_detalle_y_en_revision.pdf. Consultado el 10/11/2008].
- Boccara, G. (2006) “The brighter side of the indigenous renaissance (Part 1)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates [En línea. Puesto en línea el 16 junio 2006. URL: <http://nuevomundo.revues.org/index2405.html>. Consultado el 9/11/2008].
- Cairo, H. (2005) “Discursos geopolíticos y construcción de identidades supranacionales en América Latina”, en Enrique Rodrigues-Moura (ed.): *Von Wäldern, Städten und Grenzen: Narration und kulturelle Identitätsbildungsprozesse in Lateinamerika*, (Anuario ¡Atención! Jahrbuch des Österreichischen Lateinamerika-Instituts, número 8), Frankfurt am Main: Brandes & Apsel / Südwind, pp.315-337.
- Cruise O’Brien, R. (1971) “L’indépendance et ses limites – L’influence française au Sénégal”, en A. Abdel-Malek (dir.): *Sociologie de l’impérialisme*. París: Éditions Anthropos.
- Grosfoguel, R. (2006) “La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales: transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global”, *Tabula Rasa*, 4, pp. 17-46.
- Jiménez García-Herrera, T. (2007) “América Latina: una integración necesaria”, *El País*, 22 de Marzo.
- Krishna, S. (1999) *Postcolonial Insecurities: India, Sri Lanka, and the Question of Nationhood*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Kuus, M. (2007) “Love, peace and NATO: imperial subject-making in Central Europe”, *Antipode*, 39, pp. 269-290.
- Mezzadra, S. (2008) “Introducción”, en *Estudios postcoloniales. Ensayos fundamentales*. Madrid: Traficantes de Sueños, pp. 15-31.
- Mignolo, W. (1995) *The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality, Colonization*, Ann Arbor (Michigan): University of Michigan Press.
- Mignolo, W. (2000) *Local Histories / Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton (New Jersey): Princeton University Press.
- Mignolo, W. (2007) *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Gedisa.
- Mignolo, W. (2008) “opción des-colonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto y un caso”, en H. Cairo y W. Mignolo (eds.) *Las vertientes americanas del pensamiento y el proyecto des-colonial*. Madrid: Trama editorial / GECAL, pp. 177-210.
- Quijano, A. (2000a) “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en E. Lander (comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 201-246.
- Quijano, A. (2000b) “Colonialidad del poder y clasificación social”. *Journal of World-Systems Research*, vol. VI, nº 2, pp. 342-386.
- Routledge, P. “Anti-geopolitics. Introduction”, en G. Ó Tuathail, S. Dalby y P. Routledge (eds.) *The Geopolitics Reader*. Londres: Routledge, 1998, p.245-255.
- de Sousa Santos, B. (2006a) *Reinventar la democracia, reinventar el Estado*. Buenos Aires: CLACSO.
- de Sousa Santos, B. (2006b) *The Rise of the Global Left; The World Social Forum and Beyond*. Londres: Zed Books.
- de Sousa Santos, B. (2008) “Sucedió lo impensable”, *kaosenlared.net* [En línea. Puesto en línea el 25 de septiembre de 2008. URL: <http://www.kaosenlared.net/noticia/68588/sucedio-lo-impensable>. Consultado el 10/11/2008].
- Sidaway, J. (2001) “Intervention. Iraq/Yugoslavia: banal geopolitics”. *Antipode*, 33, pp. 601-609.
- Slater, D. (2004) *Geopolitics and the Post-colonial: Rethinking North-South Relations*. Oxford: Blackwell.
- Slater, D. (2008) “pensando la geopolítica del conocimiento: reto a las visiones imperiales”, en H. Cairo y W. Mignolo (eds.) *Las vertientes americanas del pensamiento y el proyecto des-colonial*. Madrid: Trama editorial / GECAL, pp. 155-175.
- Wallerstein, I. (1984) “Long waves as capitalist process”. *Review*, 7, pp. 559-575.